

# LA VERDAD

DIARIO MONARQUICO.

AÑO V.

PRECIOS DE SUSCRICION.—Santander: un mes, 1 peseta 75 céntimos; tres meses, 4'50.—En el resto de España: tres meses, 5 pesetas.—Extranjero: seis meses, 20 idem.—Antillas Españolas: seis idem, 25 idem.—Repúblicas hispano-americanas: un año, 50 idem.—PAGO ADELANTADO.

SANTANDER

Miércoles 12 de Enero de 1887.

PRECIOS DE ANUNCIOS.—Primera plana y gaceta, 0'25 céntimos de peseta línea.—Tercera plana, 10 idem de idem.—Cuarta plana, 5 idem de idem.—Comunicados, 0'25 idem de idem línea.—Papeletas de defuncion, 5 pesetas.—Rebaja proporcionada al número de inserciones.

NÚM. 1.188.

Se suscribe en la Administración, Santander, calle del Puente, número 16, y en las principales librerías del reino.

El pago de las suscripciones será adelantado, remitiendo su importe en libranzas del Giro múltiplo ó en sellos de comunicaciones por carta certificada dirigida al Administrador del periódico, calle del Puente, número 16.

## Boletín Religioso

*Santo de hoy.*—San Benito, abogado contra el mal de orina, y san Victoriano, abad.

### PASTORAL DEL VENERABLE OBISPO DE PLASENCIA.

(Continuación.)

Las diversiones en estos días están convertidas, casi enteramente en paganas. Los espectáculos lúbricos y crueles, que regocijaban al pueblo envilecido de Neron y de Tiberio, han vuelto á ser del gusto de las muchedumbres de nuestros días, especialmente en las grandes poblaciones.

Se los paga á peso de oro; y causa verdaderamente admiracion el subido precio con que se recompensa á los actores y cantantes de teatros, y á los que ejercen su habilidad en las plazas de toros; las consideraciones que se guardan y los honores que se otorgan á personas degradadas, sólo porque se prestan á representar escenas, frecuentemente inmorales, pero que satisfacen la perversa afición del público que las presencia.

Las corridas en los hipódromos, los espectáculos en los circos, en que está expuesta á cada momento la salud, la integridad de los miembros, y la misma vida de infelices muchachos, de jóvenes y aún de mayor edad, atraen numerosísima concurrencia. Y lo peor es, que estos desventurados, que con tanta exposicion suya divierten á los ociosos que asisten á esos juegos, suelen ser víctimas de hombres sin entrañas que explotan su miseria: ejerciendo con ellos una industria semejante, hasta en algunos de sus detalles, á la que en Roma pagana ejercían, los que maltrataban cruelmente á los que destinaban á mendigar; dislocándole sus miembros á menudo desde su más tierna edad, para mejor satisfacer su avaricia.

Los vicios voluptuosos, á que se entrega con furor el mundo moderno, entrañando el desprecio del hombre y de su dignidad, le llevan á exhibirse cruel, inhumana, hasta en su vida ordinaria. Por no sufrir un poco, por la menor palabra, por un ligero ademán que se juzga humillante y ofensivo, aunque no lo sea, por nada ó casi nada; y algunas veces por sólo el placer maligno de hacer sufrir, se provoca, ataca, hierde ó asesina. Los duelos se conciertan á sangre fría, y friamente se exponen en ellos al azar, como des-

preciable juguete, la salud, la vida propia y de sus semejantes.

El instinto de propia conservacion no basta ya para contener esa especie de manía que produce suicidios sin cuento, se realizan con tanta frecuencia que apenas causan impresion; y el público los oye referir, ó los presencia, como cualquier otro suceso ordinario. Lo mas triste es que para privarse á sí mismos violentamente de la vida, no necesitan muchos estar abrumados con el peso de grandes adversidades, en la amargura de profunda tristeza que haga penosísima la propia existencia y fácil el despreciarla, como dice el poeta: *Rebus in adversis facile est contemneré vitam*: les basta mucho menos. A despecho de las luces de la razon y de la fé, de las leyes divinas y humanas, hay quien se mata por loca vanidad, por insensata imitacion, y hasta por miserable cálculo. Por huir de sus acreedores hay desgraciados entre nosotros que recurren al *patet exitus* que decían los paganos.

¡Tan poco caso hace del hombre esta corrompida sociedad que se dice culta y civilizada! ¡Tanto desprecia en la práctica al que en teoría trata de divinizar! ¡A tanta degradacion ha venido á parar desde la altura moral á que la habia conducido el cristianismo, del que, insensata, se gloria haberse emancipado!

El ambiente de impiedad que se respira en todas partes, ha llegado á contaminar hasta á muchos que se dicen católicos, y se creieran altamente ofendidos si se dudase solamente de su catolicismo. Creen en teoría, hablan algunas veces, y quizá hasta de la Religión y sus bellezas y beneficios...; pero les agrada mucho conformarse en paz con el mundo impío que les cerca: no quieren ser *intolerantes ni fanáticos*, como ellos dicen. Las circunstancias, añaden, exigen el transigir algo con él; á lo ménos no oponérsele de frente y sistemáticamente.

Así es que se acompañan con frecuencia de personas descreídas, sin escrúpulo ni temor alguno: escuchan risueños, benévolos, ó á lo ménos con indiferencia, diatribas contra lo más sagrado y máximas anticristianas; leen, asiduamente quizá, periódicos y libros, en los que con descarro é hipócritamente se trata de extraviar el entendimiento y corromper el corazón; como si fueran invulnerables á los golpes que reciben y estuvieran seguros de no sucumbir al continuo peligro á que voluntariamente se exponen. Se acostumbran á entender á su manera las ense-

ñanzas de la Iglesia, y á no cumplir sus preceptos; algunas veces llegan á burlarse de ellos y despreciarlos, á llevar, en fin, á pesar de los remordimientos de su conciencia, la vida de las gentes que no sirven á Dios. ¡Desgraciados á estos podríamos llamarlos *hipócritas de la impiedad*.

A menudo, y mayor quizá en mayor número que los anteriores, encontrareis católicos que lo son en secreto, y cumplen con los deberes de tales entre las paredes del hogar, en familia, cuando no temen ser vistos por ciertas gentes, ó que llegue á noticia de ellas su modo de proceder, pero si es preciso mostrarse tales como son en público, entonces, víctimas del respeto humano, se avergüenzan de confesar á Jesucristo con sus obras. En los momentos mismos en que los malvados hacen alarde de despreciarle, y se glorían de sus vicios, no se atreven aquellos ¡cobardes! á cumplir con los deberes de cristianos. Ven perseguir y atacar públicamente á su santa madre la Iglesia, y frios y egoistas esconden la cara, se encogen de hombros, se cruzan de brazos y, por miedo de los perversos, se esfuerzan para no dar señal por la que se pueda conocer que de alguna manera se declaran en favor de ella. ¡Pobres! Esta falta de valor, para confesar á Jesucristo delante de los hombres, los hará, quizá, perecer eternamente.

Perdonad, amados hermanos é hijos en Jesucristo, si me ocupo tanto en hablaros del triste estado en que nos encontramos. Los males que afligen á la Iglesia de Dios, son muchos, muy grandes y variados; están muy extendidos en la sociedad humana; causan la eterna condenacion de innumerables almas y nos ponen en continuo peligro de perder las nuestras. ¡Qué extraño es que vuestro Pastor, vivamente impresionado por estos males y peligros, oportuna é infortunadamente, os hable de ellos? Sin embargo esperamos no ha de sucedernos lo que acaeció al Profeta de los lamentos, que despues de cumplir su mision, anunciando de parte de Dios una y otra vez á Jerusalem las desgracias que habian de sobrevenirle, muy luego hubo de llorar amargamente las desventuras del pueblo que, para evitarlas, no habia querido emplear los medios que se le señalaban. Confiamos, sí, que nuestros amados diocesanos no han de obrar ahora como aquel obró entonces.

Elevarán humildemente, y así les exhortamos

á hacerlo, sus ojos al cielo, conociendo que solo de lo alto podrá venir el remedio para los males presentes y para precaver los venideros; y como saben que el Corazon de su divino Salvador se manifiesta lleno de misericordia y compasion, rebosa amor y ternura, se liquida como la cera para difundir sobre nosotros sus beneficios, á Él, llenos de confianza, recurrirán en las actuales circunstancias.

Un modelo de cómo deberán pedirle nos lo presenta San Pedro en el mar de Tiberiades. Agitada está su barquilla por furiosa tempestad, escrespadas olas invaden su pequeño bajel y amenazan hundirlo con toda su tripulacion en los abismos del conmovido lago; esto le llena de temor, eso sí, pero no le abate.

Con ferviente deseo y lleno de confianza se dirige al Salvador, profundamente dormido, al parecer, en la misma barca. Alza vigorosamente su voz, gritando con dolorido acento: *Sálvanos, que perecemos*. El Señor despierta, se levanta, manda á los vientos y al mar, y resultó gran calma y tranquilidad: *Facta est tranquillitas magna* (1).

(Se concluirá.)

## LA VERDAD

Santander 12 de Enero de 1887.

### Pisto político

¡Oh, Pisto! arrojase encima de las nubes á Y le llama héroe de Sagunto.

Y dice que juzga muy acertada su eleccion para capitán general de Castilla la Nueva.

Bueno.

Que lo sea.

¿A nosotros qué nos importa?

Pero reserve sus plácemes *La Epoca* para luego.

Que el que Pavía se durmiera alguna vez, no prueba que D. Arsenio esté siempre despierto.

En el liberalismo existen buenos narcóticos.

(1) Math. VIII-26.

—11—

ciertos hechos y de ciertas personas.—Yo, á Dios gracias, soy un hombre vivo y sano y, aunque ausente de mi país por mi gusto, puedo ser conocido por lo que en esta historia refiero: y si descubriese y lastimase demasiado á tal ó cual, que se cubre ahora hipócritamente, aunque sectario, con vestidos agenos, y se disfraza de manera que parezca otro hombre en medio de los buenos, no quisiera que llegase á descubrir mis huellas y me hiciese pagar mis revelaciones con la misma moneda con que se quiso no pocas veces hacer pagar su conversion á Ricardo.

Y ahora que conoces mi pensamiento, mi querido lector, recorre tranquilamente estas breves páginas, y vive feliz, si es posible, en el actual desbarajuste de cosas y de ideas.

—10—

él recogí el relato genuino de sus acciones buenas y malas, que escuché de sus labios ó leí en sus cartas escritas de su propio puño.—El haber despues vivido con él en diversas épocas, me ha proporcionado ocasion de poder confirmar exactamente los hechos, y de recibir de él mismo la explicacion de lo que me escribia de lejos, muchas veces de una manera encubierta. Porque si el primer período fué algun tanto peligroso para la verdad, en cuanto lo fué de oscuridad y envilecimiento para Ricardo, el segundo le fué más favorable, en cuanto lo fué de desengaños y de arrepentimiento.

He debido más bien omitir muchas cosas verdaderas y que habrian aumentado el interés á las que refiero; pero en cambio no he puesto en su lugar para el encadenamiento de los sucesos otras diversas y fingidas.

He callado aquello que hubiera podido comprometer á algunos, especialmente á aquellos á quienes debería mostrar revestidos de refinada malicia y de infame hipocresía... Añade á esto otro motivo para guardar silencio acerca de

—7—

pertar en él, no fué bastante á distraer su ánimo de los remordimientos que, con incesantes acusaciones, presentaban al corazón atemorizado el odioso recuerdo del homicidio de un inocente.—Mas aquel remordimiento fué una gracia de Dios, á la cual si bien resistía por entonces, se abrió por fin ancha entrada en aquel corazón criado para el bien, y al cual veremos volverse arrepentido á Dios bajo las bóvedas de un claustro.

Por confiar, sin embargo, demasiado en sí mismo, estuvo á punto de perderse nuevamente en Milan, y en París volvió locamente y por sí mismo á sus destrozadas cadenas, que se remachó tan bien á los brazos y á los pies que no era fácil ya romperlas jamás. Entonces fué cuando se lanzó resueltamente por el camino del más torpe libertinaje, del crimen, de la impiedad, y cerró los oídos no solo á los gritos del sentido comun, sino hasta á las voces de la naturaleza.

Más en Roma despues de un continuo ocuparse en cosas que le salían siempre al revés, y que se

RICARDO.—2





